



Autor: Bárcena, Fernando

Obra: *El delirio de las palabras : ensayo para una poética del comienzo*

Publicación: Barcelona : Herder, 2003

Contenidos: Presentación (Páginas 11-24)

Presentación

EL DELIRIO DE LAS PALABRAS

La palabra que permanece inviolada en el delirio, por arrollador que sea, de quien teniéndola entra a delirar sin fin.

María Zambrano, *Claros del bosque*

El comienzo no sabe lo que inicia y su nombre es delirio. Cada vez que iniciamos un nuevo gesto en el mundo –con las palabras y con las acciones– interrumpimos la cadena de los hechos y hacemos que un acontecimiento nuevo introduzca la discontinuidad en la narración del tiempo humano. Eso es lo que nos puede pasar a cada uno, en nuestra irreductible singularidad como existentes entre otros existentes, y eso es lo que le pasa al mundo con cada nuevo recién llegado, con cada nuevo nacimiento. El nacimiento es el acontecimiento por excelencia, un desa-

ño al mundo. Es la metáfora ejemplar de las fundaciones, sean grandes o pequeñas, pues el nacimiento funda un nuevo comienzo.

Con el nacimiento la libertad es *inicio*, el radical comienzo de todo lo que, de hecho, contradice cualquier posible previsión y planificación. El nacimiento: un desafío a la pretensión de fabricar lo humano. Por eso, cada nacimiento, cada inicio y cada recomienzo tienen algo de *delirante*, o de milagroso. Pues es delirante el paso creativo de la nada a un *alguien*, un paso que sólo es posible por la *mediación erótica del deseo*. Nada se puede prever, nadie sabe qué sucederá después: estamos en manos del puro acontecer en el régimen de la acción y de la palabra creadoras. El comienzo, en fin, no sabe lo que inicia: de los hombres cabe esperar lo infinitamente improbable, escribió una vez Hannah Arendt.

Este libro es un intento de pensar la palabra educación y la acción en que consiste bajo esta figura del nacimiento como acontecimiento ejemplar que sorprende al mundo y funda lo nuevo como sorpresa. Aquí «acción» no es disciplina que procura efectos objetivables, sino también paciencia y un cierto aprendizaje de la *espera*: saber esperarse a uno mismo. Y, si de propósitos se trata, no he intentado otra cosa aquí que seguir poniendo en orden, sobre todo para mí mismo, las preocupaciones e inquietudes, no sólo intelectuales, que en los últimos años me han tenido ocupado en pensar la educación como una forma de *pasión*. Pero este ejercicio de pensamiento que propongo es lo que es, mera tentativa y ensayo: se trata de pensar las travesías de la transformación por el devenir en parte como *ejercicio de reflexión política* (pues la natalidad, por oposi-

ción a la mortalidad, es sin duda la categoría central del pensamiento político) y también como *ejercicio de meditación poética* (ya que la infancia es, precisamente, el momento anterior a la palabra constituida capaz de abrir nuevos sentidos con una incisión poética en el mundo).

Quiero pensar lo humano desde el tiempo del puro acontecer de lo naciente que deviene infancia y con ello tratar de acercarme a un pensar que, en vez de reflexionar *sobre* el mundo, se abre, con el *cuero* y desde el *silencio* también, a su descubrimiento sorprendente y a *lo que da a pensar*. Abrirse a lo que da a pensar es un ejercicio delirante que compromete una cierta «pasión»: la pasión –riesgo, aventura, sorpresa– de ser. Hacer delirar el pensamiento con el delirio de las palabras nuevas, palabras que ya no se someten obedientemente ni a las gramáticas instauradas ni a las vidas encadenadas. Una desobediencia a lo dado, no por otra razón sino en la medida que impide el tipo de ejercicio en que consiste *ser libre*. Como escribe Pascal Quignard: «No conozco nada más despreciable que un hombre que no puede escapar del lugar de su nacimiento y desligarse de los lazos que le fueron impuestos por el terror obediente, familiar, social, impersonal y mudo de los primeros años.»¹ Lo despreciable está en el cúmulo de imposiciones y dominaciones que impiden que alguien, un ser del mundo, enuncie un gesto propio, una palabra o un nuevo curso de acción que le libere del terror de una permanencia no querida ni deseada. El delirio del que hablo, entonces, se arraiga en un amor a la vida, pues es un delirio respaldado por ella.

¹ Quignard, P. (1998) *Vie secrète*, París, Gallimard, p. 218.

Este ensayo es, pues, una meditación que se adentra en el laberinto apasionado de querer ser y existir, o lo que es igual: de sentir la vida con la fuerza de los inicios y de los comienzos. Pero esta «pasión» es, además, una suerte de delirio, una locura que tiene que ver con la vida y con las palabras que procuran nombrar lo que nos pasa mientras existimos. Porque si bien cada uno puede intentar describir a su manera la medida de su sufrimiento o de su alegría, lo más frecuente es que las palabras que ya conocemos no basten. Lo poético se introduce entonces como un delirio de la palabra lleno de silencio, como el momento del puro comienzo donde podemos inventar de nuevo una lengua que nombra el acontecimiento. Por eso se trata de un ejercicio de *delirio de las palabras*; de estas palabras: *infancia, comienzo, silencio, mirada, cuerpo, vida* o, como reza el subtítulo, la tentativa de una *poética del comienzo*.

Hablo de un «delirio de las palabras» porque es justo en el tiempo de la infancia, donde la vida estalla en su puro acontecer, donde la palabra por conquistar se da siempre en el curso de una locura de la lengua que busca poner nombre a lo que al hombre le acontece: nombrar el miedo de los comienzos, nombrar la forma que deseamos darnos, nombrar callando los silencios que nos pueblan, nombrar con mirada nueva lo que vemos, nombrar el cuerpo que existimos, nombrar, en fin, el arte mismo en que consiste confirmar la vida. Vivir es también procurar estos nombres, o esas palabras, y al fin guardarlas dentro, para que nos acompañen y nos cuiden como, quizá desde la infancia, siempre hicieron. Palabras que sirven para caminar en lo arduo, para la travesía y el viaje. El comienzo, pese a la muerte, o precisamente por ella. Como escri-

be el escritor Yves Simon: «Los inicios son misteriosos. Precisa, dolorosa, lacerante, la muerte es siempre determinable; es un trazo brutal en el mapa del tiempo y del espacio. Destruye en un instante un conjunto de lazos visibles o invisibles que llevaban a veces años, siglos, entretejidos. Sin embargo, a pesar de y por causa de esto, es la condición necesaria para que una vida continúe, se complejifique, creando órdenes provisionales que retrasan el creciente desorden del mundo: cada agonía de un sistema, por muy cruel que sea, es indispensable para poder establecer nuevas conexiones, más fuertes, más sutiles, diferentes. La muerte fabrica el tiempo.»²

En toda llegada por el nacimiento se supone un viaje previo, y por tanto una preparación, y hay un comienzo, la posibilidad de una mirada nueva y muchas decepciones también, la obligación de un silencio que acalla los ruidos que llevamos dentro y el anuncio de una lengua que se puede pronunciar por boca de nadie bajo el soporte del cuerpo que somos. Y es que *la primera palabra deliró el comienzo*. «¿Estamos destinados a no ser sino comienzos de verdad?», escribió René Char.³

Este ensayo, pues, fue posible porque, de algún modo, el registro de una prosa poética permite regresar –otra cosa es la habilidad del autor de estas líneas para lograrlo– al inicio como experiencia de un cierto *des-comienzo*. En lo poético, el inicio de lo humano es infancia y el final un

² Simon, Y. (1987) *Le Voyageur Magnifique*, París, Grasset. Cito por la edición portuguesa: Simon, Y. (2000) *O Viajante Magnífico*, Porto, in-libris, p. 252.

³ Char, R. (2002) *Furor y misterio*, Madrid, Visor, p. 225.

nuevo nacimiento. Creo que este ensayo ha sido posible porque es posible el amor, porque es posible una amistad que tiene sus propios nombres y porque es posible el poema, cuyo corazón es el de un niño. Lo que une los diferentes capítulos de este ensayo –aquello que procuran narrar y aquello que dicen– son, en cierto modo, diferentes pensamientos sobre eso que llamamos educación. Pero el matiz distintivo no está en los pensamientos mismos sino en las palabras. El delirio *son* las palabras. «Brotan el delirio al parecer sin límites –decía Zambrano–, no sólo del corazón humano, sino de la vida toda.» Brotan el delirio con el *nacer la vida* y con el *nacer de la vida*. Pero ese delirio, respaldado por la vida y custodio de ella, es a condición de que quien nace o de que quien renace esté despierto «durante el acontecimiento».⁴

¿Por qué hablar de una pasión de ser que nos hace delirar? ¿y por qué una «poética del comienzo»? Estas dos expresiones ligan, uno junto a otro, dos trayectos todavía no transitados, pero sí perseguidos e imaginados. Estos dos caminos se nombran así: infancia y poema. Hacer delirar la vida en la palabra es, quizá, enloquecerla en su *de-letreo*. Es decirlo de otro modo, alterándola. Y más allá de un mero juego retórico, delirar la palabra –enloquecerla– es extraer de ella el misterio que guarda y que probablemente sólo conocen los niños cuando abandonan su infancia primera en el momento en que comienzan a hablar saliendo de una conciencia dormida. Las palabras

⁴ Zambrano, M. (1993) *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, p.44.

guardan sus secretos, un *no-saber* que sólo alcanzamos cuando las retorremos, cuando las reinventamos mediante una gracia poética. Este ejercicio nos lleva al corazón de la infancia como experiencia del comienzo. Es el momento creador, experiencia libre, del puro inicio. El acontecimiento de la palabra, su delirio poético, sólo se alcanza en el estado del puro acontecer que es la infancia, en el intervalo entre el mundo y el juguete, como decía Rilke. Este ensayo procurará pensar este momento, esta experiencia, para tratar de captar, como hacen los niños, el genuino momento de la *mirada sorprendida* ante la contemplación de lo nuevo: «Los niños cumplen ese milagro adorable de seguir siendo niños al tiempo que ven a través de nuestros ojos», dijo Char.⁵ Pensar el delirio de las palabras es, entonces, mirar una palabra sorprendida de lo que contiene. Para este ejercicio, hay que ensayar un método, que no es un camino recto: prostituir el concepto y sugerirle que se deje seducir por la palabra poética. Hacer que el concepto se haga cuerpo, con carne de poema, y seductor él mismo quede penetrado por esa *otra voz*. Conducir al concepto más allá de su guarida.

El comienzo es delirante y enloquecedor, como la infancia. Como las primeras palabras infantiles, la palabra delirante que a veces podemos pronunciar es a menudo un balbuceo. Nos lleva hacia atrás, nos sitúa *en* el mundo, en lo abierto, y no meramente *ante* el mundo, como si fuese una realidad que sólo esperase ser descifrada correc-

⁵ Char, R. (2002) *Furor y misterio*, ob. cit., p. 221.

tamente. Delira la palabra en su in-consciencia. Delira cuando arroja lejos el peso de su costumbre, el hábito de haberse pronunciado como un rito. Delirar en y por las palabras es como un acto de confesión del amor: en él se está, no se explica. La costumbre, el hábito de hablar, no enloquece las palabras. El silencio, en cambio, ese imposible ejercicio que no puede siquiera pronunciarse sin desmentirlo, hace respirar las palabras de otro modo. El silencio hace que las palabras sean un color o un grito, sonido o danza de un cuerpo desnudo que no se avergüenza pero conserva su pudor. La palabra delirante es la palabra extranjera, que custodia un sentido nuevo, dentro de la lengua que nos es excesivamente familiar. La palabra delirante es la palabra nueva que busca nombrar la experiencia ya realizada buscando nuevos sentidos que son capaces de abrir poéticamente la escala de lo real, en vez de quedarse en la recreación de significados, como si el mundo estuviese ya definitivamente interpretado. En este sentido, el delirio del que hablo es un delirio sano, porque se abre, como los niños, al mundo y a la vida en ese tiempo del puro acontecer. Es delirio sano porque no niega la vida sino que la afirma con todas sus contradicciones incluidas, y porque en esa apertura el sujeto piensa no ya sobre el mundo, pretendiendo encerrar su sentido en esquemas conceptuales firmes y rígidos, sino a partir de su relación de experiencia con él.

Si la mirada sorprendida de un niño capta el momento asombrado de la misma sorpresa, la palabra delirada y delirante se instala en la locura de su des-costumbre. De ahí que pensar el delirio de las palabras no pueda ser otra cosa que un ensayo donde se busque, sin saber cómo,

aprender de nuevo lo que habíamos olvidado, pero creíamos saber. Es una invitación a pensar la lengua como una experiencia innominada, a pensar la lectura como un ejercicio imposible, a suponer la creación como un hábito de la infancia, y a imaginar la ciudad como algo que no podremos construir sin la ayuda de los que se quedan fuera. Es un ejercicio que supone que la vida es el asunto más anormal del mundo: aquello que, tantas veces, la política deja en sus márgenes despreciándolo como resto.

Allí donde lo «absoluto» de verdad de rompe, comienza el estallido de la vida como la cosa más simple del mundo, como un grito dormido de un niño que nace. La primera palabra humana es un gemido sin lágrimas. La primera palabra-vida rompe la rigidez de lo real y humaniza a Dios. La palabra delirada es esa locura de hacer que hablen las cosas mudas, que se vuelvan expresión las palabras que refieren objetos sin lenguaje. Es una torsión de la palabra su delirio, una palabra llevada al límite de su des-palabra, una palabra capaz de decir lo que creyó inefable. Ese límite último de la palabra, su final, es entonces su principio. Un cierto silencio, un más allá de la comunicación. El poeta acaba expresando aquí lo que no intenta comunicar intencionalmente. La palabra de poeta nos llega, la sentimos, aunque nada signifiquen sus versos. La palabra delirada es la palabra que desanuda la firme atadura que ligaron los conceptos, como escribió el joven Hoffmannsthal.

El origen de la palabra –la palabra originaria y sin embargo «tardía», la que quizá sólo en un final se alcanza– es la palabra poética. Ella jamás se impone. La poesía, como decía Celan, se *ex-pone*, se ofrece, se arriesga y se entrega a lo que le sale al paso. La palabra poética se ofre-

ce como *don*, el don de la palabra y la palabra que se da, y eso que ofrece es un «encuentro». Como dice Cuesta Abad: «Cuando hay una presencia que encontrar, el encuentro puede ser también el término y el inicio, la dirección y el horizonte de una vida, de una obra o de un poema. Pero lo que presenta el poema es la *exposición* de una presencia nómada y errátil, la orientación que se libra a la inminencia de lo extraño desde un lugar que carece de estancia, desde un tiempo a la deriva, desarraigado e intempestivo».⁶ Orientada a un encuentro, a la posibilidad de un encuentro, la palabra como poética y como poesía camina en la dirección de un acontecimiento cuya aparición no podemos prever. Es una exposición arriesgada y sin condiciones a lo que vendrá. Tratar de pensar aquello que nos forma o nos transforma, pensar el acontecimiento en suma, es intentar pensarlo, entonces, desde una poética de la educación o desde una educación como poética. Aquí, las palabras todavía son una relación con el mundo que puede darle coherencia sin negar su extrañeza y su sin-sentido. Porque las palabras y la forma en que con ellas nos relacionamos pueden indicarnos qué creemos que es el mundo y nosotros formando parte de él.

Como diré con frecuencia en este ensayo, las palabras dan forma a nuestra experiencia humana con el mundo. La experiencia siempre está desnuda de palabras. Aprender a nombrar nuestras experiencias con las palabras justas es un acto poético en el que la palabra es un acontecimiento. ¡Y

⁶ Cuesta Abad, J. M. (2001) *La palabra tardía. Hacia Paul Celan*, Madrid, Trotta, p. 11.

tantas veces nos confundimos con los nombres que damos a lo que nos pasa! No es raro que existan experiencias para las que nos resulte imposible encontrar las palabras justas: ¿Cómo nombrar la tortura de un hombre, cómo nombrar el dolor indecible, cómo nombrar el placer de ver el nacimiento de nuestros propios hijos, qué decir ante su partida final? Es una experiencia conocida y temible.

Existe una grieta que anuncia un abismo tan hondo... Debería poder llenarlo con mis propias palabras; pero no puedo. Casi nunca salen de mí suficientes palabras, así que tengo que agarrarme a las palabras de los demás, a las palabras de los que me precedieron y a las de los que me quieren. Robo esas palabras y las tiro al abismo que temo, y las oigo caer y resonar en sus ecos. Algún día, me digo, llenaré es vacío, pero entonces ¿sabré donde dejé mis propias palabras, si dejé alguna? Estarán sepultadas en el fondo de ese abismo esas palabras primeras, mis primeras palabras, las palabras de mi infancia. Estarán escondidas entre otras palabras, y no se distinguirán de ellas. Lección de humildad. ¿Será mejor decir «amo a ti» que pronunciar un verbo? Miro, ahora, con los ojos de mi memoria, a ese niño que me acompaña y resuenan en mí las palabras de su invención: «sepeaón», «inamamanonais», «gotillapo...». Siento cómo nombra lo que en su apertura total no entiende ni puede descifrar. Siento su asombro y resuena otra vez en mí la inocencia del poeta que lleva dentro. En él me reconozco, mientras me muestra cómo puedo *dejarle ser*. Es una locura *ser*. Una pasión. Es una locura y un delirio: *somos para existir*. Para estar ahí y poder decir, al fin, aquello que escribió Camus: «Sí, existe la belleza y existen los humillados. Sean cuales sean las

dificultades de la empresa, querría no ser jamás infiel ni a la una ni a los otros.»⁷

Las palabras de nuestra invención, las palabras de la infancia, custodian, como vigías de la novedad, la memoria del sentido. Nuestro caminar adulto hizo que en ellas se introdujesen demasiadas cosas después, demasiados residuos olvidados que lo cotidiano recubrió, como dice Yves Simon. Estas palabras en las que tanto se introdujo después son palabras sencillas: «amor, infancia, mañana, hoy, miedo, vida, universo...» ¿Y si pudiéramos congelar esas palabras, para percibir mejor esos residuos? ¿Y si las congelásemos para conservar el hábito de la infancia en ellas? Pero no podemos... Pues no se pueden retirar de la corriente del discurso, del flujo de la lengua que envuelve al mundo.⁸

* * *

Este ensayo lo he escrito casi como una íntima necesidad, pero sus palabras han venido poco a poco. Casi podría decir que las palabras que lo componen me han asaltado la boca, me han estallado en los dedos y han herido mi cuerpo. Lo he escrito como una especie de deuda, como resultado de una promesa, como expresión de una

⁷ Camus, A. (1996) «Retorno a Tipasa», *Obras*, vol. 3, Madrid, Alianza, p. 598.

⁸ En la novela de Yves Simon hay un momento en el que dos hombres conversan sobre las palabras de día y las palabras de noche frente a un canal congelado. Es de ahí de donde tomo la idea de las «palabras congeladas». Simon, Y. (2000) ob. cit., p. 201.

gratitud, por un deseo franco de afirmar la vida. Lo he escrito gracias a las lecturas que he realizado, pero también gracias a las pistas que algunos, los más íntimos, me han regalado, sin ellos siquiera saberlo. Empezando por mi madre y mis hermanos, que siempre me apoyaron y me animaron. Joan-Carles Mèlich y Jorge Larrosa me han dado tanto, en lo personal con su incondicional amistad y en lo intelectual con sus escritos, que casi me dejan en silencio. Sin aliento, pero me alientan. Su amistad también me hizo delirar. Ellos abrieron mi biblioteca, me regalaron a los poetas y siempre sentí que junto a ellos me ensanchaba. Cuando lean este libro, se reconocerán en muchas líneas, porque ellos me inspiraron. Beatriz y Jesús están desde el principio, en un primer verano, podría decir, cuando escucharon la infancia de este ensayo. Para mis amigos de la Facultad, en este último año tan especial por tantos motivos, quiero tener una palabra especial de gratitud: para Teresa, para Carolina, para Fernando, Gonzalo, para David. La escritura, el pensamiento y la enseñanza a su lado son un amable placer. Mi hijo Jaime está tan presente en todo lo que hago, en todo lo que soy y en todo lo que escribo que no puedo más que agradecer su existencia. Él es esa poética de la infancia de la que hablo en mi libro. En él está la pasión de ser. Y a Eugénia... sin ella no hubiese podido escribir ni una línea. Ella es un delirio de la vida, la profundidad de un pensamiento que, pese a todas las dificultades, viaja a lo más profundo para intentar comprender por amor a la vida, la experiencia de un silencio que no incomoda y nos hace expresar más cosas que las mejores palabras, la honda meditación sobre el cuerpo, el sentido del testimonio, la mirada clara que

nunca sanciona. A ella dedico este ensayo. Luis y Almudena, Pilar y Leonardo, María y José Luis –esa otra parte de la familia que nos llega como amistad siempre fiel y generosa– están también presentes aquí. ¿Cómo hubiese podido sin ellos? Y, por último, para mis dos grupos de alumnos de filosofía de la educación de este curso 2002-2003, en la facultad donde imparto mis clases, deseo tener también un pensamiento especial. Muchas de las cosas que he escrito en este libro maduraron con ellos, mientras intentaba decirles tantas cosas y mientras trataba de comprender y aprender junto a ellos. Agradezo a Raimund Herder, Susana Arias y Carme Prims la confianza que han puesto en mí y todos sus esfuerzos para haber hecho posible la publicación de este ensayo.

En Madrid, junio de 2003